RESEÑAS

THOMAS MILLER KLUBOCK, *La Frontera: Forests and Ecological Conflict in Chile's Frontier Territory*, Durham/London, Duke University Press, 2014, 416 páginas.

En un contexto de tensiones no resueltas, negociaciones políticas discontinuas y fragmentadas, y acusaciones mutuas de crimen y violencia entre el Estado y ciertas comunidades mapuche, el estudio de este historiador especializado en Chile, profesor asociado de la Universidad de Virginia, logra proveer de sólidos fundamentos históricos a un proceso de vibrante actualidad. En su trabajo atiende conjuntamente la evolución del deterioro social y ambiental del territorio y de los grupos indígenas en el espacio geográfico dominado por el río Biobío, que fue comprendido como el límite político administrativo meridional del Chile decimonónico, pero, también, como una zona de actividad típicamente fronteriza desde la Colonia. Esto, según la tesis impuesta por Villalobos en los años ochenta, y que aún es muy aceptada, pese al giro absoluto que experimentó este historiador en sus opiniones más recientes sobre el conflicto mapuche.

La investigación de Klubock está adscrita a la serie de libros “*Radical Perspectives*” del *Radical History Review*, revista publicada desde 1975 y que se caracteriza por promover investigaciones políticamente comprometidas, animadas desde un claro posicionamiento ideológico, explicitado por cada autor. El objetivo de este texto es examinar los orígenes del *boom* de la explotación forestal reciente en Chile y descubrir las raíces del conflicto actual entre las empresas forestales y las comunidades mapuche, a lo largo de un siglo y medio de historia. Se trata de una exposición crítica de los cambios ecológicos en los bosques templados del sur de Chile, que está planteada “de abajo hacia arriba”; es decir, desde los testimonios de la pobreza rural, de los mapuche que han generado ocupaciones territoriales, de los colonos, de los temporeros, de los peones y de los inquilinos.

Una tríada de preguntas básicas formalizan el problema de investigación: ¿cuáles fueron los orígenes del presente “milagro” económico forestal?, ¿cómo el desarrollo forestal rehízo el “paisaje social” en el sur de Chile? y ¿cómo los campesinos del sur se han enfrentado a los cambios socioambientales en la zona fronteriza? Consecuentemente, se proponen tres tesis para su resolución.

En primer término, se plantea que las causas profundas del “triumfo ecológico” del pino insigne (*pinus radiata*) va más allá de las políticas neoliberales impuestas a partir de la dictadura militar, y que están ligadas con una estructura secular de acumulación por desposesión –concepto tomado de David Harvey– que usó la conservación, la silvicultura y las ciencias forestales como herramientas funcionales a la gobernabilidad del Estado en territorios percibidos como salvajes, y que fueron fuertemente incentivadas por poderes internacionales organizados.

La segunda tesis indica que el *shock* neoliberal instalado a partir de la dictadura no originó, pero sí agravó los conflictos sociales producidos por la implementación de distintas políticas forestales de gobierno, que ocasionaron el desalojo de campesinos pobres de predios privados y públicos, y que vieron en la industria forestal una oportunidad de “moldear”, de civilizar, a los discolos sujetos fronterizos.

El tercer planteamiento explica que los campesinos del sur han tenido una relación cambiante respecto de la economía de plantación de árboles y los sistemas modernos de gestión forestal. Según el momento histórico, tanto la forestación con pinos como las regulaciones conservacionistas sobre la explotación de los bosques nativos han sido herramientas de opresión, que han proletariado fuerzas de trabajo que han sido despojadas de su tierra.

La obra comienza su relato describiendo las formas que se advierten, por la observación aérea, en el paisaje cercano a Concepción, y que se caracteriza por vastas plantaciones de pino insignie, que constituye cerca del 85% de las plantaciones forestales en Chile. En la década de los noventa, comunidades mapuche comenzaron a invadir latifundios cubiertos por esta especie, también conocida como “pino de Monterrey”, cuya propiedad es detentada, según el autor, por personas y grupos asociados a los conglomerados financieros más grandes de Chile. La justificación de dichos grupos es que sus antepasados ocuparon dichas tierras desde “tiempos inmemoriales”, mucho antes de que sus tierras fueran usurpadas a las comunidades a través de títulos jurídicos que el Estado otorgó a principios del siglo XX. Este discurso reivindicatorio fue reforzado con argumentos ambientalistas, pues, lejos de celebrar la productividad forestal de los territorios reclamados, reclaman el efecto destructivo de las plantaciones de pino en el equilibrio ecológico propio del sur de Chile.

Klubock rastrea el origen histórico de la actual cobertura forestal, enfocada en la producción, para remontarse a la colonización de la zona comprendida, aproximadamente, entre los ríos Toltén y Biobío, en la segunda mitad del siglo XIX. Entonces se completó la conquista militar de La Frontera, eufemísticamente conocida como “Pacificación de la Araucanía”, y se produjeron gigantescas rozas a fuego para despejar tierras y dejarlas aptas para la introducción de ganado y nuevos cultivos, condición *sine qua non* para la colonización nacional y europea, fomentada desde el centro político.

Ello suscitó los primeros discursos conservacionistas, entre los que tiene un lugar preeminente el del naturalista alemán Federico Albert, cuya manera de entender la actividad forestal influyó hasta las políticas de los gobiernos radicales del Frente Popular. En dicho período, la conservación de los bosques y el establecimiento de parques nacionales fue, según el autor, un “proyecto patriótico”. El liberalismo finisecular imperante en salud y educación también gravitó en los defensores de los árboles, quienes estimaron que su preservación era crucial para propiciar ambientes sanos que mejorasen espiritual y físicamente a los ciudadanos chilenos.

Recién a fines de los años cincuenta, la Corporación de Fomento de la Producción (CORFO), con el apoyo de organizaciones internacionales desarrollistas, mostró cierta conformidad con el ascenso de las plantaciones de pino por sobre la presencia de árboles nativos, pues su explotación podría generar una nueva actividad

exportadora y reducir el elevado desempleo rural. Con las plantaciones maduras, el surgimiento de papeleras y plantas de celulosa fue una consecuencia lógica del productivismo.

Cuando se produjo el proceso de Reforma Agraria de los años sesenta y setenta, los planteamientos ambientalistas validaron las expropiaciones, al caracterizar los latifundios como estructuras de propiedad que fomentaban una irracional explotación de la naturaleza, en que la tala y quema de bosques era realizada de forma indiscriminada. En este sentido, la conservación y las ciencias forestales “dieron a los campesinos un lenguaje” para reclamar los bosques que estimaban debían ser públicos o devueltos a sus ocupantes originarios.

Durante la dictadura encabezada por Pinochet y en los sucesivos años de democracia concertacionista, mapuches y campesinos han recurrido, también, a argumentos ambientalistas para criticar al modelo económico en su conjunto, y a la industria forestal en particular. De esta forma, biodiversidad y justicia social encontraron un cauce político común. Así como las plantaciones de pino han generado puestos de trabajo a través de la explotación directa y de las faenas en las industrias de celulosa y papel, su extensión ha significado la expulsión de campesinos de zonas tradicionalmente rurales, lo que ha aumentado el desempleo y el subempleo en el sur de Chile, e incrementado los fenómenos asociados a la desposesión y el desarraigo. Finalmente, la violencia resultante de esta pugna entre la población rural y la “gestión forestal científica” tiene, según el autor, varios capítulos conocidos a nivel mundial, y el conflicto de *La Frontera* debe comprenderse en este contexto. Los discursos generados en cada caso tienen, por tanto, cierta equivalencia. Lo mismo ocurre con los dispositivos de orden desplegados, ya sean policíacos o militares.

Pese a que Klubock atiende los discursos oficiales, al recorrer exhaustivamente las consecuencias socioambientales de las normativas vinculadas con la conservación y explotación de bosques —conceptos que se concilian en la idea de “Reserva”—, su atención no se distrae de la motivación ideológica de su proyecto historiográfico, y despliega una gran investigación sobre resistencias, tierras en pugna y las tragedias asociadas a estos procesos, donde tienen un lugar especialmente digno las masacres de Ranquil, en 1934, y la guerrilla de Neltume, de comienzos de los años ochenta, cuyo emocionante relato es el escogido para abrir la última parte del libro.

Se constata una gran continuidad entre las políticas forestales de la dictadura y las implementadas por los gobiernos concertacionistas, aunque estos últimos lograron imponer algunas restricciones ambientales a un modelo de “radical desregulación”. Sin embargo, se hizo evidente la contradicción entre los esfuerzos políticos por generar un mayor crecimiento económico con el intento de introducir medidas para contener el deterioro socioambiental asociado a esta actividad productiva.

Desde esta perspectiva, Klubock desarrolla una crónica del conflicto mapuche, cuyas comunidades, desde los años noventa, han sostenido una resistencia cada vez más militante a la economía basada en la plantación de pinos. Este movimiento tiene sus bases en un fuerte sentido de identidad étnica y en el rescate de la propia memoria histórica, lo que se ha complementado, en la acción política, con la comprensión ecológica de los usos tradicionales de los recursos forestales y con un lenguaje am-

bientalista que ha permitido alinear reivindicaciones indígenas con otras propias de los grupos “verdes”.

La investigación de Klubock exhibe un gran trabajo basado en fuentes primarias, muchas de ellas inéditas, que el autor obtuvo de medios de prensa y de distintas reparticiones del Estado vinculadas a la administración territorial y al trato con las comunidades indígenas. Adicionalmente, recurre a entrevistas empleando la historia oral, es decir, con la voluntad de cubrir un amplio espectro de la experiencia social que es objeto de estudio, y que se asocia, en este caso, a los cambios ambientales derivados de la colonización y el desarrollo de la producción forestal. De esta forma, se consigue “pintar un retrato amplio de la historia ambiental y social de La Frontera” que representa tanto procesos y patrones generales como sus respectivas variaciones locales.

Para el lector chileno, los apuntes explicativos sobre entidades, personas y lugares propios de nuestra cotidianeidad, ilustran sobre la perspectiva que tiene el autor, como extranjero, respecto de los nodos que articulan este proceso histórico. Además, es llamativo que Klubock logre un sólido planteamiento sobre *La Frontera* tal y como se la ha entendido y vivido en las regiones del sur, sin siquiera mencionar la clásica tesis de Frederick Jackson Turner, reiterada hasta la saciedad en este tipo de estudios.

Este trabajo es un excelente ejemplo de cómo la historia ambiental puede informar discusiones que trascienden los contenidos conservacionistas y discursos propios de los ecologismos, por medio de una problematización en que se imbrica el deterioro ambiental con el conflicto social. Constituye, por ello, un poderoso aliciente al desarrollo de esta corriente historiográfica en Chile.

RODRIGO TORRES CAÑETE

Programa de Doctorado, Instituto de Geografía,
Pontificia Universidad Católica de Chile